



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

Las cajas del instrumento

de Ricardo Pallares

“Buscaba encuentro y era mera caída”; el temor y la maravilla de caer siempre es velocidad, vértigo y la posibilidad de entrar a varios planos a la vez. El vértigo seduce y nos arrastra a ser y vivir lo desconocido.

Este poemario de Ricardo Pallares nos acerca a una realidad profunda, indefinible. Las palabras, pequeños dioses, se integran y combinan para crear un mundo insólito, personal, entrañable: “tanto desasosiego de la carne / habla y se manifiesta”.

Abordamos el signo con todo lo que él tiene de atracción. Un enigma creado desde el corazón en donde el dolor se vuelve esperanza. La esperanza es alivio del dolor “del misterio y silencio de las cajas.”

Nos preguntamos quién sustenta la nada, vigila los secretos. La nada es poderosa. Las primeras alondras brillan en el aire para caer siempre. La caída nos lleva a una resurrección continua ya que la sapiencia del abismo es insondable.

No sabemos qué es la poesía. Para conocer algo, si es que algo se conoce, debemos entrar en él, es decir, consustanciarnos con la cosa en sí, ser ella misma. Pero esto pocas veces es posible. Estas cajas del instrumento nos invitan a penetrarlo desde su caída misteriosa, desde esas cajas que se abren en busca de la luz y solo encuentran caída. Es la caída del ser que abandona su paraíso para hundirse en otra realidad donde el amor reclama y destruye.

A través del ensueño todo es posible y así el autor nos va llevando de su mano hacia una realidad más profunda en donde se habla de otra, en la cual el mundo se asoma y el mar, a través de los ojos de una niña, se apodera de todo. Así el enigma se presiente pero nunca se descubre.

Es imposible descubrir el enigma porque estas cajas son la vida misma que para ser necesita el secreto, tal como la gestación que también lo necesita.

Las palabras, pequeños dioses, cual ladrillos, van construyendo esa casa misteriosa y ese estar y no estar al mismo tiempo.

Es una realidad distinta la que no da el poeta, un universo que como un niño gime desde el vacío de la nada que guarda a vivos y a muertos.

Luego una experiencia vital recorre la calle Alzáibar y el personaje ya es uno con el paisaje. Esta transformación constante aparece en todo el clima de *Las cajas del instrumento*. Esta poesía afirma que “todo suceso es infinito”: valor de enigma, valor de estar más allá de las palabras.

Autor y lector vibran al unísono. Insensiblemente las cajas van adentrándose en nuestro ser. Tal parece que siempre hubieran existido. Es que vienen de lo más recóndito y como tales saben de la profunda afinidad de las cosas. “Hoy me duelen tus ojos niña y el mar”: afinidad del ser y el mar. Encuentro de la belleza y la vida. Perenne sonido del amor y del mar. Poesía hecha de ecos, de resonancias que no cesan. De ahí la angustia que flota en el alma y que se encarna en otro texto en la angustia de domingo, apoderándose intensamente de nuestra alma porque la angustia también sostiene la vida haciendo que alegría y tristeza se equilibren.

La realidad a que apela el poeta es indescifrable, por eso esta poesía desde su original acento nos vincula a todas las cosas, a la luz, a la sombra, nos envuelve en su vocación de eternidad.



**ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS**

Así el mundo aprehendido es transfigurado. Hablamos muchas veces de misterio sin poder concretar ese concepto. El misterio empuja y hace visible lo imposible, pero es precisamente de esa imposibilidad que nace lo insólito, lo no creado. Cada poeta tiene su hábitat propio, a veces desgarrante, a veces puro y etéreo como una ciudad deshabitada. Y no es por nuestra voluntad que entramos en esos confines, porque la poesía no solo se escribe para ser leída, más bien responde a una necesidad cósmica que se balancea cual el día en el aire cuando la noche nos envuelve.

La caída nos lleva a la resurrección ya que la sapiencia del abismo es insondable.

Selva Casal
5 de enero, 2013